

Musulmanes en la Zona Cero

No es la cerrazón sino la apertura la que salvaguarda nuestras sociedades abiertas

14/08/2010 - Autor: Javier Otaola - Fuente: EL CORREO

El proyecto "Casa Córdoba" se llama ahora "Park51" y quiere emplazarse en Nueva York, entre Park Place y Broadway a dos manzanas de la denominada Zona Cero; se trata de un proyecto animado por musulmanes norteamericanos que pretende albergar una serie de instalaciones (aulas, salas de conferencias, biblioteca, galerías para exposiciones, restaurante, y también una mezquita) destinadas a promover, a partir del Islam, la tolerancia, el mutuo conocimiento y la reflexión sobre la diversidad cultural y religiosa de Nueva York, de manera abierta y disponible para todos ciudadanos de la ciudad. Su proximidad a la Zona Cero y su carácter musulmán han provocado protestas en algunos sectores de la sociedad americana que interpretan la iniciativa como una ofensa para las víctimas del 11-M -entre las que había también musulmanes-, crimen que realizaron apelando a su particular y fanática versión del Islam.

Sarah Palin se pronunció no hace mucho en Twitter alegando que los musulmanes pacíficos deberían «refudiar» -expresión inventada por Palin, que sería algo así como refutar y repudiar al mismo tiempo- el proyecto de una mezquita en las proximidades de la Zona Cero. Sin embargo el órgano municipal de Nueva York que debía pronunciarse sobre el proyecto *Landmarks and Preservation Commission*, lo ha hecho de manera unánime apoyando la iniciativa. El voto fue 9 a favor, 0 en contra.

El caso tiene aspectos que lo han convertido en un tema de discusión nacional en Estados Unidos y en cierto modo también en el mundo, ya que todos somos de alguna manera neoyorquinos. El propio alcalde de Nueva York, Michael R. Bloomberg, judío, votó a favor del proyecto y ha hecho importantes declaraciones reclamando la mejor tradición de la ciudad de Nueva York y de EE UU, que no es otra que la tradición liberal-democrática fundada precisamente por grupos religiosos que huían en el siglo XVIII de una Europa encerrada en dogmatismos excluyentes y violentos. Michael R. Bloomberg lo ha dicho: «Debemos superar lo más terrible que nos ha sucedido y si un grupo de musulmanes viene a nosotros en son de paz, debemos aceptar su gesto o si no es que -y esto sería lo peor- los terroristas han ganado».

No hay que simpatizar con el Islam para defender la libertad. Los que confiamos razonablemente en la mejor tradición política -conservadora, liberal y socialdemócrata- estamos convencidos de que si bien es cierto que los islam(ismos) han entrado en Europa y en América, y hay que contar con ellos, también es cierto que Occidente ha entrado en el/los islam(ismos) y eso significa que han entrado Lutero, Diderot, Hume, Voltaire, y Rousseau, Montesquieu, Descartes, Freud, Darwin, Feuerbach, Hannah Arendt, Simone de Beauvoir y por supuesto Hollywood, con toda su potencia narrativa y simbólica, el ejemplo del mejor

humanismo cristiano, el laicismo, el secularismo, la cultura de los Derechos Humanos, el feminismo. Y por eso hay gente como Ayaan Hirsi Ali que critica valientemente el islamismo como una rediviva Marianne, o Husain Haqqani y M. Fethullah Gülen que representan un islamismo ilustrado y liberal, o Al-Fatiha Foundation que defiende la causa LGBT, o Irshad Manji que se reconoce musulmana y lesbiana, que representan un Islam feminista. También el Islam, como el cristianismo, se mueve, mal que les pese a los integristas, y nuestra mejor baza es dar libertad a esos movimientos.

Todos podemos comprender el valor sagrado que ha adquirido la denominada Zona Cero para millones de norteamericanos, y para hombres y mujeres de bien de todo el mundo, y la sensibilidad que ese entorno provoca en los familiares de las víctimas, pero creo que eso no nos debe llevar a confundirnos sobre lo que significan nuestras instituciones democráticas y sobre el valor moral y político de la libertad frente a sus enemigos.

Es verdad que en el conjunto del islamismo realmente existente anidan posiciones antidemocráticas y fanáticas, enemigas ontológicas de la tradición democrática y liberal de Estados Unidos y de Europa, pero también es cierto que nos haríamos un flaco favor a nosotros mismos y a lo que denominamos valores occidentales si criminalizáramos a todo el mundo musulmán por la deriva fanática que puede alimentarse en su seno. Ese mismo fanatismo puede incubarse en muchos otros lugares, concepciones del mundo y religiones, y la mejor manera de combatirlo es precisamente someterlo al viento purificador de la libertad de pensamiento, de expresión y de comunicación.

Las sociedades abiertas deben defenderse y nadie puede negar que los Estados Unidos lo están haciendo, con la fuerza legítima si es preciso, pero al mismo tiempo colocando a la libertad y la justicia de su parte, apostando por un posibilismo real, que como señala Andrés Ortiz-Osés «tiene como categoría clave la Apertura en lo individual y lo político, en lo social y lo religioso, en lo cultural e ideológico». No es la cerrazón sino la apertura la que salvaguarda nuestras sociedades abiertas, no se trata de un buenismo pánfilo sino de una estrategia política, que coordina fuerza y delicadeza, porque la verdadera fuerza, cuando se somete al Derecho se ejerce siempre con delicadeza. La estrategia de la libertad ha acreditado su eficacia, ha propiciado la pervivencia -con todas sus limitaciones- de nuestras sociedades democráticas y liberales a pesar de los embates ideológicos de los totalitarismos de los siglos XIX y XX. Lo hará también frente a los del siglo XXI.

EE UU se ha de mantener fiel a lo mejor de sí mismo y no debe contagiarse de la cerrazón de sus enemigos, debe actuar en esta materia sin dejarse condicionar por los terroristas; la mejor derrota que pueden sufrir los fanáticos criminales que consumaron la tragedia del 11-S y sus secuaces es precisamente saber que no han conseguido conmovir los cimientos de la Estatua de la Libertad y que esa Libertad terminará iluminando las tinieblas en la que ellos se envuelven.

Webislam